

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/12-la-historia-de-britania/>

13.LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO I

6º <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano-i/>

Las tribus germánicas

El último emperador romano del que hemos hablado fue Nerón, un hombre malvado que, además, estaba loco. Primero incendió Roma, y cuando la gente de la ciudad le acusó él culpó a los cristianos, lo que desencadenó terribles persecuciones. Al final, las legiones se rebelaron contra Nerón y él acabó quitándose la vida.

Después de Nerón vinieron emperadores que eran muy parecidos a Augusto, hombres duros. pero inteligentes que procuraban que hubiera justicia y orden en todos los territorios gobernados por Roma.

Naturalmente, todavía seguían persiguiendo a los cristianos, porque el afán de poder de los romanos no podía tolerar una religión que llamaba hermanos a todos los seres humanos. Pero al margen de eso, esos emperadores gobernaron con sabiduría.

Y bajo el reinado de uno de ellos, Adriano (76- 138), Roma alcanzó la cúspide de su poder. Hay que imaginarse el imperio que se extendía desde el muro de Adriano en el norte de Inglaterra hasta el río Nilo en Egipto y toda la costa del norte de África. Se extendía desde España en el oeste hasta el río Eufrates en el este.

Las fortalezas y las legiones romanas vigilaban la frontera a lo largo del Rin y del Danubio. Era un poderoso imperio y desde cada esquina del mismo llegaban impuestos y contribuciones al centro, a Roma.

Justo en las afueras de Roma se hallaba la villa de Adriano, que era como una pequeña ciudad: había dos maestros, varias bibliotecas, varios baños, aparte de las viviendas de Adriano, su corte y sus esclavos, y los establos para los caballos y carruajes. Había enormes jardines con grandes estanques e incluso un hipódromo para carreras de caballos.

Hoy todavía pueden verse sus ruinas. Produce una extraña sensación estar ante esos enormes muros y pensar que fueron construidos para un hombre cuyo poder alcanzaba desde las colinas de Escocia hasta los desiertos de África.

Miles de ciudades y pueblos florecieron en ese gran imperio. Estaban conectadas por caminos rectos sobre los que marchaban las legiones romanas, por donde viajaban bienes de todo tipo sobre carruajes de caballos, por donde los viajeros podían desplazarse con seguridad de una parte a otra del imperio. Sobre esos caminos también viajaban los hombres y mujeres que llevaban consigo el mensaje de Cristo. Y aunque muchos cristianos fueran encarcelados y ejecutados, por todo el imperio había almas dispuestas a recibir el mensaje: esclavos y nobles, soldados y comerciantes, hombres y mujeres. Y ningún emperador ni persecución alguna podían detenerlo.

Bajo el emperador Adriano Roma alcanzó la cúspide de su poder, pero esa culminación no duró mucho. Bajo los éxitos de Adriano el poder de Roma empezaba a desmoronarse, primero lentamente y luego cada vez más rápido.

¿Qué es lo que hacía tambalearse al Imperio Romano?

La incursión de una nueva gente procedente del noreste, las tribus germánicas. El hogar original de los pueblos germánicos había sido Siberia.

Hoy en día Siberia es una tierra muy fría, y allí no vive mucha gente. Pero hace unos cuatro mil años Siberia tenía un clima mucho más cálido y era una tierra de enormes llanuras cubiertas de pasto.

Y las tribus germánicas vivían en esas llanuras como nómadas. Cabalgando caballos y cuidando ganado, iban trasladándose de unos pastos a otros.

Cuando el clima de Siberia fue haciéndose más frío, las tribus germánicas comenzaron a emigrar hacia el oeste.

Poco a poco, durante muchas generaciones fueron atravesando Rusia hasta que llegaron a Escandinavia, los países que hoy conocemos como Noruega y Suecia.

En aquella época —hace unos 2500 años— la península escandinava tenía un clima mucho más cálido que hoy en día. Y de ese modo, durante un tiempo, las tribus germánicas se establecieron en Escandinavia, que se convirtió en su hogar en Europa. Pero el clima escandinavo también fue cambiando: los inviernos se hacían más fríos y más largos, ya no había suficiente pasto para todos sus ganados y algunas de las tribus germánicas comenzaron a trasladarse hacia el sur, emigrando hacia las tierras que hoy conocemos como Alemania.

Pero ya había otros pueblos que vivían allí, los celtas, que habían emigrado mucho antes desde cerca de Persia y se habían establecido en las zonas centrales de Europa.

Las tribus germánicas lucharon contra los celtas, los conquistaron y siguieron trasladándose más al sur hasta que llegaron a los Alpes y se detuvieron durante un tiempo.

Recordemos cómo los cimbrios y los teutones descendieron de los Alpes penetrando en Italia y cómo incendiaron ciudades romanas hasta que Mario los venció. Estos cimbrios y teutones habían sido solamente una pequeña oleada que se había desparramado sobre Italia.

Durante un tiempo no hubo más oleadas. Algunas tribus germánicas se dirigieron hacia el oeste, cruzaron el Rin e invadieron la Galia. Eso le dio a Julio César la excusa para penetrar en ella con sus legiones para ayudar a los galos contra los invasores germánicos. Pero no sólo hicieron retroceder a las tribus germánicas más allá de Rin, sino que aprovecharon y conquistaron la Galia para Roma.

Desde la época de Julio César en adelante, siempre hubo batallas entre las tribus germánicas y las legiones romanas.

Del mismo modo en que una gran marea envía sus oleadas una tras otra contra un dique, las tribus germánicas atacaban las fortalezas y asentamientos romanos, una tras otra, atravesando el Rin y el Danubio.

Por muchas veces que fueran derrotadas, volvían una y otra vez. Pero los romanos habían cambiado.

Como dueños de un gran imperio se habían acostumbrado demasiado al confort, el lujo y el placer, y ya no les gustaba luchar, aunque seguían siendo inteligentes, y pensaron:

“Convertiremos a estos bárbaros en nuestros propios soldados.”

Enviaron sus mensajeros a algunas de estas tribus y les dijeron:

“Si lo que realmente queréis es tierra para asentaros, los romanos tenemos tierra de sobra y estamos dispuestos a daros tierra en la Galia. En compensación, vuestros hombres han de estar de acuerdo en luchar por nosotros y mantener alejadas a las tribus invasoras.

Las tribus que recibieron esa oferta aceptaron y al poco tiempo los ejércitos romanos sólo tenían generales y tal vez algunos oficiales romanos, mientras que la mayoría de los soldados eran germanos, además de algunas legiones de galos y britanos.

Y esas tropas extranjeras protegieron las fronteras romanas, al menos por un tiempo, pero una vez que los romanos dejaron de estar preparados para luchar en sus propias batallas, los días del poder de Roma estaban contados.

El imperio dividido

Esas tribus germánicas solían tener una vida de nómadas en las estepas de Siberia. Los nómadas son trashumantes, se mueven de un lado a otro con sus ganados y no cultivan ni cosechan la tierra. Dejan que los rebaños pasten hasta que se acaba la hierba, y entonces se trasladan a otro lugar.

La ocupación típica de los nómadas era cazar, cuidar a sus animales o luchar, pero no labraban la tierra.

Más tarde, cuando las tribus germánicas llegaron a Europa, no podían deambular con tanta libertad como en Asia, y se asentaron y cultivaron la tierra para así obtener de ella su alimento.

Para entonces ya habían conquistado a los pueblos celtas que se convirtieron en sus sirvientes o siervos, como se les llamaba. Y esos siervos trabajaban las tierras de sus amos. Pero los hombres libres, los guerreros, no podían realizar ningún trabajo. Consideraban que luchar y cazar eran las únicas dos cosas que valía la pena hacer. ¡Y les encantaba luchar! Para ellos era vergonzoso morir de viejo en la cama. La llamaban “*muerte de paja*”, que era de lo que estaban hechas sus camas.

Decían que, si un hombre moría de esa vergonzosa muerte en la cama de paja, su alma descendería al oscuro mundo inferior donde reinaba la diosa Hela. La única muerte digna de un hombre era la muerte en batalla. Pues entonces, desde el **Valhalla***, el castillo de los dioses, descendían unas mujeres totalmente armadas montadas en caballos blancos. Y esas mujeres guerreras, las **Valkirias***, se llevaban el alma del guerrero hasta el Valhalla, el hogar de los dioses.

***Valhalla** [Palacio de los predestinados]: Palacio de Odín, donde se hallan todos los hombres muertos en el campo de batalla desde la creación del mundo. Se los llaman Einherjer y esperan a combatir el día de Ragnarök, el Ocaso de los Dioses. [n. del pr.]

***Valkiria**: Vírgenes que Odín envía a todos los campos de batalla, saben los guerreros que sucumbirán, y disponen de la victoria. [n. del pr.]

Eso sólo les sucedía a aquellos que morían luchando, no a los que morían en la cama, y cuando el alma estaba en el Valhalla, eso no significaba que se hubiera acabado la lucha. Todos los días, los héroes y guerreros salían a un gran campo y allí luchaban y batallaban unos contra otros, pero cuando la lucha acababa todas las heridas se curaban y todos los muertos revivían de nuevo para que pudieran volver a luchar al día siguiente. Para esas tribus germánicas incluso el cielo era un lugar donde podían seguir luchando eternamente.

No sólo su religión, sino también sus historias y canciones eran sobre guerras y luchas.

Cuando los hombres se sentaban juntos en un banquete, disfrutaban escuchando a cantantes y bardos que recitaban largos poemas de batallas, guerras y héroes.

Cuando esa gente no luchaba querían oír hablar de luchas. Veneraban a dioses como **Odín**, también llamado Wotan, **Thor**, **Tyr***, el dios de la guerra, y **Freyja***, la diosa de la belleza.

Todavía existen en la lengua inglesa mismos nombres expresados en los días de la semana: Wednesday, miércoles, “el día de Wotan”; Thursday, jueves, “el día de Thor”; Tuesday, martes, “el día de Tyr” Friday, viernes, “el día de Freyja”. Los otros nombres siguen a los planetas: Monday, lunes, “el día de la Luna –Moon–; Saturday, sábado, “el día de Saturno” –Saturn–; y Sunday, domingo, “2 día del Sol” –**Sun***–.

Pero como los celtas, las tribus germánicas no veneraban a sus dioses en templos ni en ningún edificio hecho por manos humanas. Los veneraban al aire libre, en el claro de un bosque, o en la cima de una colina.

Cuando soplaban un viento fresco y refrescante en la cúspide de la montaña, decían:

–“Puedes sentir cómo este viento fresco te hace más fuerte, vigoroso y saludable?”

Es el poder de Wotan en el viento”.

Y cuando retumbaba el trueno y brillaba el rayo, decían:

–“Este es Thor lanzando su martillo que siempre le vuelve a la mano”. Veían a todos sus dioses por doquier en la naturaleza.

Los germanos eran todos altos y fuertes y se parecían en muchas cosas a los celtas, pero en otras eran muy diferentes.

A los celtas les encantaba hablar y, sobre todo, les gustaba alardear de sus actos. Los germanos eran parcos en palabras y no alardeaban.

Los celtas tenían una imaginación vívida y les gustaban las cosas bellas, e incluso llevaban vestiduras con mucho color.

***Odín o Wotan** [‘el respiro’]: Dios principal que gobierna el cielo y la tierra. Su mujer se llama Frigga, y sus hijos son los Æsir. Habita en Asgard. [n. del pr.]

***Thor** [‘Trueno’]: Hijo de Odín y de la tierra, notable por su fuerza extraordinaria. Guardián de dioses y hombres. Posee tres objetos preciosos: el martillo Mjolner, el cinturón que duplica su fuerza, y unas manoplas de hierro. [n. del pr.]

***Tyr**: El más atrevido y más valiente de los Æsir. Sacrificó su mano para refrenar a Fenris. Será muerto por el perro Garm. [n. del pr.]

***Freyja**: La más bella de las Ásynjur; posee en el cielo el palacio de Folkvang, y le pertenecen la mitad de los hombres muertos en el campo de batalla. La otra mitad es de Odín. [n. del pr.]

***En español**, los nombres de los días siguen a los planetas: lunes, Luna; martes, Marte; miércoles, Mercurio; jueves, Júpiter; viernes, Venus. El sábado deviene del ‘shabat’ –reposo– judío y el domingo de ‘Dominus Dies,’ el ‘día del Señor’ cristiano. [n. del pr.]

Los germanos eran mucho más prácticos, no eran muy proclives a los ornamentos, y vestían con gruesas ropas de lana.

Como se esperaba que todos los muchachos fueran guerreros, los germanos no veían ningún propósito en dejar crecer a un niño que parecía débil, de modo que cada recién nacido era colocado a los pies de su padre, y si el padre consideraba que ese niño no llegaría a ser fuerte era llevado a una montaña y se dejaba allí a que muriera.

Eso no se hacía por crueldad, sino porque a esa gente a quienes les gustaba guerrear sobre todas las cosas consideraban que un hombre débil no podría luchar por su propia vida y no llevaría una vida digna de vivir.

Esos eran los pueblos que amenazaban al Imperio Romano.

Si todas las tribus germánicas se hubieran unido, Roma habría sido conquistada por ellas mucho antes. Pero el hecho es que cada tribu escogía su propio momento para luchar contra Roma.

Algunas de ellas preferían luchar entre sí y otras ayudaban a los romanos luchando como soldados contra otras tribus germánicas. De ese modo el Imperio Romano duró más de lo que lo habría hecho si todas las tribus germánicas se hubieran unido contra Roma.

Pero esos bárbaros extranjeros que se habían convertido en soldados romanos no sentían sobre Roma lo que hubiera sentido un verdadero romano.

Y si un general congregaba a sus legiones y les decía:

—“Quiero ser emperador. Si lucháis por mí os prometo altas recompensas”. Estos soldados marcharían sobre Roma y matarían al emperador que estuviera en ese momento en el poder y luego colocarían a su propio emperador en el trono. Pero al cabo de unos años o incluso meses, otro general haría lo mismo y, con la ayuda de los bárbaros, mataría al nuevo emperador y ocuparía su lugar.

Al final, después de cincuenta años de este desorden y caos, hubo un emperador que era un hombre implacable y duro. Él logro restablecer la paz y el orden, y expulsó a los invasores.

El nombre de ese emperador era **Diocleciano***. Comprendió que era demasiado difícil para un solo hombre gobernar el vasto Imperio Romano, mantener alejados a los bárbaros y procurar que las legiones no empezaran a instalar a su propio emperador.

De modo que decidió dividir el Imperio Romano en dos partes, el Imperio de Occidente —que incluía Italia, Galia, España, Britania— y el Imperio Oriental —Grecia, Siria, Egipto—.

El propio Diocleciano gobernó el Imperio Oriental y su amigo **Maximiano*** gobernó el Imperio Occidental.

**Diocleciano o Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto, nacido Diocles (ca. 244-311): Emperador romano (284-305), proclamado por el ejército, que puso fin a la crisis del siglo III. Instituyó un nuevo régimen, conocido como la tetrarquía, o 'gobierno de cuatro.' [n. del pr.]*

**Maximiano o Marco Aurelio Valerio Maximiano Hercúleo (ca. 250-310): César y Augusto del Imperio romano. Compartió el cargo de Augusto con Diocleciano, quien creó la tetrarquía. Acabó con los rebeldes de la Galia y combatió a las tribus germanas que habitaban a orillas del Rin. [n. del pr.]*

Mientras vivieron los dos, el sistema funcionó. Octavio y Marco Antonio ya habían hecho antaño una división así. Pero tanto Diocleciano como Maximiano eran acérrimos enemigos del cristianismo, y en su reinado se produjeron las peores persecuciones de cristianos con miles de ellos asesinados, aunque esa fue también la última persecución, porque después de Diocleciano todo cambió para los cristianos.

La visión de Constantino

Diocleciano, el emperador que había dividido el Imperio Romano en dos partes, no tuvo hijos. Pero cuando se hizo viejo quería retirarse y ceder la corona y el peso de gobernar a un joven. Escogió como sucesor suyo a un noble romano llamado **Constantino***.

Constantino había nacido en Britania, en York; su padre había sido gobernador de Britania y su madre era una princesa britana. Como sucesor de Diocleciano, Constantino se convirtió en el gobernante del Imperio Oriental.

Poco tiempo después murió Maximiano, gobernador del imperio occidental, y fue sucedido por su hijo **Magencio***, que odiaba a los cristianos tanto como lo había hecho su padre.

Pero Constantino era diferente. Su madre, Helena, una princesa britana, aunque era pagana, también creía que Cristo era un ser grande y poderoso. Veneraba a Cristo y a los dioses romanos. De manera que Constantino, aunque también era pagano, no odiaba a los cristianos, pero esa no era la única diferencia entre Constantino, emperador oriental, y Magencio, emperador occidental.

No se fiaban el uno del otro, cada uno estaba celoso del poder del otro, y al final decidieron que sólo uno de ellos estaba preparado para ostentar el poder.

Es lo que siempre sucedió en la historia romana, desde Rómulo y Remo, a Julio César y Pompeyo, a Octavio y Marco Antonio: no podían compartir el poder y eso llevó a que se declarase la guerra entre Magencio y Constantino.

Magencio había congregado un ejército de doscientos mil hombres que mantuvo en Roma. Esperaba que Constantino le atacara.

Constantino tenía sólo la mitad de soldados. Cuando condujo su ejército sobre Italia, Constantino estaba preocupado y empezó a dudar de si podría derrotar a su enemigo.

Una noche estaba cabalgando al frente de su ejército cuando miró al cielo y tuvo una extraña visión: vio rayos de luz que formaban una gran cruz resplandeciente y por encima de la cruz aparecían en letras brillantes las palabras: "*In hoc signo Vinces*", que quiere decir: "*Con este signo vencerás*". Luego desapareció la visión, el cielo se oscureció y se hizo de noche.

**Flavio Valerio Aurelio Constantino o Constantino I (ca. 272-337): Emperador romano proclamado por sus tropas. Legalizador de la religión cristiana por el Edicto de Milán en 313, refundó la ciudad de Bizancio (actual Estambul, en Turquía), llamándola 'Nueva Roma' o Constantinopla, la 'ciudad de Constantino.' Convocó el Primer Concilio de Nicea en 325, que otorgó legitimidad al cristianismo en el Imperio romano. [n. del pr.]*

**Marco Aurelio Valerio Majencio o Magencia: Emperador romano de Occidente (306-312), era hijo de Maximiano, y yerno de Galerio. [n. del pr.]*

Los soldados montaron un campamento y Constantino se acostó. No lograba dormir, se preguntaba sobre el significado de la visión. Al final acabó durmiéndose, y tuvo un prodigioso sueño. En él veía a Jesucristo que le hablaba y le decía:

—*“El signo que has visto en el cielo es el signo que te dará la victoria sobre tu enemigo. Si tus soldados llevan mi nombre en la batalla desperdigarás a tus enemigos”.*

Cuando se despertó a la mañana, Constantino ya no tenía duda alguna sobre lo que debía hacer. Dio órdenes para que se hiciera una bandera con las dos letras griegas de la palabra “Cristo”: “XP”. Y el palo de la bandera tenía que tener forma de cruz, pero de oro.

En esa época, la mayoría de los soldados de Constantino ya eran cristianos, y cuando vieron que Constantino, su líder, les daba una bandera con las iniciales de Cristo, gritaron de alegría y pintaron el signo de la cruz sobre sus escudos.

La cruz —el instrumento con el que eran ejecutados los peores criminales en la antigua Roma—, se había convertido en el signo bajo el cual esos soldados marchaban orgullosamente contra el enemigo pagano.

Mientras tanto, Magencio, el emperador en Roma, había pedido consejo a sus dioses, los dioses romanos.

En la época de Tarquinio había llegado a Roma una sibila que había vendido los tres libros que desde entonces fueron custodiados en el templo de Júpiter, en la colina del Capitolio. Cada vez que algún peligro se cernía sobre Roma, los sacerdotes consultaban los libros de la sibila para averiguar si existía algún consejo sobre lo que debía hacerse.

Magencio le pidió a los sacerdotes que consultaran los libros de la sibila y averiguaran lo que había que hacer.

Los sacerdotes estudiaron los libros y le dijeron a Magencio que debería sacar a sus soldados de la ciudad para enfrentarse a Constantino en campo abierto, saliendo a su encuentro y atacándolo, que no debía limitarse a rechazarlo desde el interior de los muros. Magencio siguió el consejo.

Cuando Constantino y su ejército llegaron a las llanuras en el exterior de Roma esperaban tener la terrible tarea de asaltar los temibles muros de la ciudad, pero, para su sorpresa, las puertas se abrieron, se extendió un gigantesco puente levadizo sobre el amplio y profundo foso por el que salieron el propio Magencio y sus soldados.

En la batalla que se produjo acto seguido, los legionarios de Constantino lucharon como leones, parecía como si tuvieran una fuerza y un coraje sobrehumanos, cada soldado podía luchar con más de dos de los de Magencio.

Aterrorizados por la furiosa arremetida, los soldados de Magencio dieron la vuelta y regresaron precipitadamente hacia el puente levadizo, y Magencio huyó con ellos. Pero justo cuando estaba sobre el puente con cientos de soldados empujando a su alrededor, el puente cedió bajo el enorme peso de tantos hombres. Magencio y todos los que le rodeaban cayeron al foso lleno de agua y se ahogaron.

Desprovisto de su líder, el resto del ejército entregó sus armas y se rindió. La batalla había terminado y Constantino penetró victorioso en Roma.

Si Magencio con sus doscientos mil soldados hubieran permanecido dentro de la ciudad protegida por sus gruesos muros, Constantino nunca hubiera podido tomar la ciudad con sólo la mitad de los soldados.

Esa batalla —que cambió todo el curso de la historia— tuvo lugar el 28 de octubre del año 312. Apenas trescientos años después del nacimiento de Cristo, esta batalla que se luchó bajo el signo de la cruz llevó la victoria a los cristianos.

Al año siguiente Constantino decretó una ley para todo el Imperio, permitiendo a los cristianos practicar su religión y venerar a Cristo libremente y sin trabas. Y aún hizo más: favoreció a los cristianos y llegó un momento en que nadie podía alcanzar una alta posición si no era cristiano. A partir de ese momento, la religión cristiana se extendió rápidamente, y, con el tiempo, la religión pagana —a veneración de Júpiter, Apolo, Venus, y otros dioses— acabó desapareciendo.

Muchos de los antiguos templos fueron convertidos en iglesias o eran demolidos y se construían iglesias en su lugar.

Después de trescientos años de persecución, la religión cristiana había salido de las catacumbas y había triunfado sobre sus perseguidores. Pero a la gente de Roma no le gustaba Constantino, habían estado del lado de Magencio y a Constantino no le gustaba ni Roma ni su gente. Decidió entonces fundar él mismo una nueva capital, alejada de las tribus germánicas en el norte.

Para Constantino, la historia romana había empezado con Eneas que había venido de Troya, en el este. Quería fundar su capital en alguna parte cerca del lugar donde había estado Troya. Se acercó a Bizancio, una ciudad en el Helesponto, en el estrecho que se halla entre el Mediterráneo y el Mar Negro, y llamó a ese espléndido lugar “*la Ciudad de Constantino*”, que en griego es “*Constantinópolis*” —“*polis*” quiere decir “*ciudad*”— y que nosotros conocemos como Constantinopla —hoy en día es la ciudad de Estambul—.

De ese modo, la orgullosa Roma dejó de ser el centro del Imperio. Su centro pasó a ser Constantinopla. Fue una sabia decisión, porque poco tiempo después se producirían las invasiones de las tribus del norte que ya no podrían ser mantenidas lejos de Italia.

Los monjes

Constantino había traído un enorme cambio. Los cristianos ya no eran perseguidos y ya no vivían con temor por sus vidas. No solamente eran libres de ejercer su religión a su manera, sino que incluso el ser cristiano se convirtió en una ventaja.

Los mismos emperadores eran cristianos y si alguien quería obtener un favor —una alta posición o una carrera— tenía que ser cristiano. No es de extrañar que el número de cristianos creciera entonces espectacularmente, con la misma celeridad con la que disminuía el número de paganos.

Los cristianos ya no se congregaban en las catacumbas, y ahora querían tener iglesias. Muchos templos paganos eran frecuentados ya por muy poca gente, de modo que los cristianos a veces simplemente ocupaban esos templos, echaban a los paganos y a sus sacerdotes, y convertían el lugar en iglesia.

En algunas partes del Imperio Romano se volvían contra los paganos y los atacaban. En Egipto, una buena y sabia mujer, **Hipatia***, fue asesinada por una muchedumbre de así llamados cristianos simplemente porque era pagana. Y los cristianos también reñían entre ellos mismos. Sus disputas sobre la religión y sobre lo que debían creer y lo que no, a veces acababan en lucha.

Los obispos, los líderes entre los sacerdotes cristianos, se reunían para decretar reglas sobre lo que era correcto o erróneo creer, pero entonces otros obispos no aceptaban esas reglas.

Hubo, además, otro cambio: En los días en que los cristianos habían vivido temiendo por sus vidas, cuando cualquier día podía llevarles a una muerte cruel, habían vivido con sencillez, sin demasiado lujo ni comodidades ni entretenimientos, pero ahora que los mismos emperadores eran cristianos, cuando los puestos más elevados y mejor pagados eran dados a los cristianos, empezaron a disfrutar de riqueza, poder y lujo, igual como habían hecho antaño los paganos.

Muchos se habían hecho cristianos simplemente porque eso les reportaba ventajas, pero no deseaban cambiar su modo de vida; tenían tantos esclavos y tanto lujo como habían tenido antes.

Aun así, no todo el mundo pensaba del mismo modo. Había algunos que recordaban que Cristo había vivido en la pobreza.

Pensaban que, si uno ama demasiado el dinero, el lujo y los placeres, no puede amar a Dios tanto como Él lo había hecho, pues Cristo había dicho:

-"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [Mt 22:37]"

Los que pensaban de ese modo se apartaron de la vida de placeres y distracciones, comodidades, posesiones y esclavos.

Recordemos que en la antigua India los ermitaños se iban al bosque, donde comían muy poco, ayunaban y pasaban el tiempo en oración.

Algo similar sucedió entre los cristianos. Algunos hombres se apartaron de todos los placeres mundanos y se convirtieron en "eremitas" —del griego "eremos": desierto— que entre los cristianos también eran llamados "monjes" —del griego "monacos", "el que vive solo—.

Los otros cristianos, que disfrutaban de los placeres y comodidades o no eran capaces de dejarlos —y eran, naturalmente, la mayoría— tenían un gran respeto por los monjes.

Los llamaban "hombres santos de Dios" consideraban que Dios mismo los recompensaría si a esos monjes les daban la poca comida o bebida que necesitaban.

**Hipatia (355/370-415/416): Filósofa y maestra neoplatónica griega, natural de Egipto, que destacó en los campos de las matemáticas y la astronomía, cultivó los estudios lógicos y las ciencias exactas, llevando una vida ascética. Hija y discípula del astrónomo Teón, es la primera mujer matemática de la que se tiene conocimiento razonablemente seguro y exacto. Fue asesinada a los 45 o 60 años. [n. del pr.]*

Uno de los primeros hombres que adoptó la vida de monje fue **Antonio***, que vivió en Egipto (250-356).

Antonio no podía apartarse a los bosques como habían hecho los ermitaños de la India, porque en Egipto no había bosques, sino que se retiró a vivir al desierto en una cueva excavada en la roca. El lugar habitado más cercano, un minúsculo pueblo, se hallaba a dos o tres horas a pie, pero la gente de ese pueblo, sabiendo que un hombre santo vivía cerca de ellos, se le acercaba de vez en cuando y dejaban un poco de comida y un jarro de agua en la cueva.

Antonio vivía solo en el desierto. Había muchos días en que no había ni comida ni bebida, pero estaba contento por ello, porque sentía que a medida que su cuerpo se iba debilitando con el hambre, su alma se hacía más fuerte en la plegaria y la oración.

Incluso cuando la gente había llevado algo de comida, ayunaba y dejaba pasar uno dos días más antes de tocar el pan o el agua.

En los días en que estaba sentado bajo el sol abrasador del desierto le pasaban cosas extrañas, intentando olvidar los dolores del hambre y la sed que atormentaban su cuerpo concentrando su mente en la oración.

Era como una competencia entre la mente y el cuerpo, en la que la mente decía:

—*“Soy un espíritu inmortal, soy más fuerte que el cuerpo, puedo olvidar el hambre del cuerpo si dirijo todos mis pensamientos a Dios”*. Y el cuerpo decía:

—*“Quiero comer, quiero beber”*.

Para un monje como Antonio, esta competencia, esta batalla entre mente y cuerpo, era la razón por la que se había retirado al desierto, pues sólo en ese entorno podía descubrir que la mente era más poderosa que el cuerpo, que el espíritu y el alma, y pueden triunfar sobre el cuerpo.

Cuando Antonio estaba librando esa batalla entre espíritu y el cuerpo, en el calor del desierto se le apareció una hermosa mujer que llevaba una bandeja llena de dulces y jugosas naranjas, higos y otros frutos. Pero Antonio gritó:

—*“¡Tú eres sólo un espíritu maligno, un diablo venido para tentarme! ¡Márchate, no quiero saber nada de tus malditos regalos!”*

Tan pronto como acabó de decir esas palabras, la mujer cambió de forma, convirtiéndose en un horrible monstruo con cuernos y garras, y otros monstruos aparecieron a su alrededor, y toda la horda de demonios atacó a Marco Antonio, que sintió como si lo estuvieran haciendo pedazos, pero con sus últimas fuerzas, Antonio gritó:

—*“¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apartaos de mí!”*

Y, de golpe, todos desaparecieron y Antonio se encontró a sí mismo yaciendo sobre la cálida arena del desierto bajo el sol abrasador.

La siguiente vez que la gente del pueblo más cercano se apareció con comida, Antonio les explicó lo que le había sucedido y lo consideraron aún con mucho más respeto que antes.

***Antón Abad o San Antonio** (251-356): Monje cristiano, fundador del movimiento eremítico. Abandonó sus bienes para llevar una existencia de ermitaño y que atendía a varias comunidades monacales en Egipto, permaneciendo eremita. [n. del pr.]

Eso podría parecernos extraño a nosotros hoy en día, pero cuando la historia de Antonio se extendió, un gran número de personas se sintieron atraídos por ese tipo de vida y se convirtieron en eremitas en el desierto.

Doscientos años después de Antonio había muchos monjes por todo el Imperio Romano —tal vez unos cuantos miles— pero no sólo en el desierto, sino también en bosques o colinas y montañas.

Uno de esos monjes, procedente de Italia, **Benito de Nursia*** (480-547), pensó que la vida solitaria del monje en los desiertos o en los bosques no ayudaba mucho a los demás. Vio que era mucho mejor y más cristiano que los monjes hicieran algo para los demás en el mundo. Para hacer algo útil tendrían que vivir en grupos, como ya hacían algunos.

Bajo la guía de Benito los monjes cambiaron su modo de vida, fundando la Orden de los **Benedictinos***. Éstos vivían congregados en comunidades o hermandades, como les llamaban. Y cada hermandad tenía un abad, un líder a quien había que obedecer. Cada comunidad se construía una casa que llamaban monasterio.

Allí los monjes todavía ayunaban y oraban, pero también trabajaban ocupándose de los jardines y huertos, copiando libros sagrados —pues aún no se había inventado la imprenta—, enseñando a los niños de los pobres, pues no había escuelas, y los ricos tenían tutores privados para sus hijos.

Y era muy importante que los monjes fueran a las tribus germánicas para convertirlas al cristianismo. A través de Benito los monjes se convirtieron en personas que vivían en la pobreza voluntaria, pero que hacían muchas cosas importantes para los demás.

Se estaba acercando una época en que los monasterios serían los únicos lugares de civilización, de conocimiento y de gentileza humana, pues el Imperio Romano y toda su civilización se estaba desmoronando y resquebrajando bajo la arremetida de los bárbaros.

A Benito, el fundador de los monasterios, le debemos que sobreviviera algo de la civilización romana después del colapso del Imperio: todo monje llevaba solamente una prenda de ropa, un hábito parecido a un saco, hecho de una tela burda y pesada sostenida en medio con un cordel, que en la parte de atrás tenía una capucha.

Para convertirse en monje había que hacer tres votos: *el voto de pobreza* —es decir, que uno nunca poseería nada—; *el voto de castidad* —o sea, que uno nunca se casaría, pues tener esposa y familia evitaba que uno se dedicara totalmente a la comunidad—, y *el voto de obediencia* —es decir, que uno acogería cualquier orden que le hubiera sido asignado por el abad, aunque fuera desagradable y peligroso, y que uno no se limitaría a seguir su propio capricho—.

Convertirse en monje era un sacrificio, pero los hombres que se hacían monjes sentían que sólo en esa vida de autosacrificio podían servir a Dios de la manera correcta. Y en los terribles tiempos que siguieron, esos hombres se hicieron necesarios.

**Benito de Nursia o San Benito (480-547): Presbítero y religioso cristiano, considerado el iniciador de la vida monástica en Occidente. Fundó la orden de los benedictinos cuyo fin era establecer monasterios autosuficientes, organizados en torno a la iglesia basilical y el claustro. Es considerado patrón de Europa y patriarca del monacato occidental. [n. del pr.]*

**Orden de San Benito u OSB: Orden religiosa, perteneciente a la Iglesia católica, dedicada a la contemplación, fundada por Benito de Nursia, que sigue la regla dictada por éste a principios del siglo VI para la abadía de Montecassino. [n. del pr.]*

Atila, el huno

En las vastas estepas de Siberia de donde habían venido los pueblos germánicos, vivía otro pueblo, los Hunos. Eran nómadas que vagaban por los llanos montados en pequeños ponis fuertes y lanudos. Y para los hunos sus caballos eran más importantes que cualquier otra cosa. No sólo luchaban y cazaban montados en ellos, sino que a menudo durante semanas y meses vivían, comían, bebían e incluso dormían montados sobre ellos.

Sus tiendas y sus vestimentas estaban hechas de piel de caballo. De la leche de yegua hacían una bebida intoxicante, un potente brebaje que podía emborracharlos. Su comida principal era carne de caballo, pero raramente cocinaban la carne, normalmente se limitaban a poner **un pedazo de carne de caballo*** bajo la silla de montar y cabalgaban sobre él hasta que era lo suficientemente blando para comérselo.

Cuando los hunos iban a la guerra no mostraban ninguna misericordia. Los ancianos y niños que no podían usarse como esclavos eran asesinados; y luego quemaban las casas y todo lo que no pudieran llevar consigo.

A donde quiera que fueran dejaban un rastro de destrucción y muerte, todo sembrado de cadáveres.

Al este de Siberia existía el gran imperio floreciente de la China. Durante varios siglos los hunos habían hecho incursiones en China, devastando los campos, quemando los pueblos, robando y saqueando, pero en torno al año 220 a. de C. el emperador chino **Qin*** acabó con esas incursiones construyendo una **muralla*** muy alta y ancha a lo largo de las fronteras de China, con torres de vigilancia separadas pocos kilómetros entre sí.

La muralla recorría cientos de kilómetros y los soldados chinos patrullaban por ella día y noche. Y de ese modo, cada vez que venían los hunos eran rechazados. La gran muralla china detuvo las invasiones de los hunos. Ya no podían robar y saquear en el este, de manera que se dirigieron hacia el oeste.

En los siglos siguientes los hunos fueron dejando las tierras salvajes de Siberia y emigrando hacia Europa. Cada vez que se trasladaban eran como una inundación de jinetes feroces; cualquier cosa que se interponía en el camino de esa inundación era aplastado, quemado, muerto y destruido.

Atravesaron la tierra que hoy conocemos como Rusia y llegaron a la parte de Europa que desde entonces pasó a llamarse Hungría, la tierra de los hunos.

**Charqui: carne deshidratada que se cubre con sal y se expone al sol. En la antigüedad, la carne se colocaba entre el caballo y la montura, donde la transpiración salobre del animal producía la cocción de la misma, preservándola. [n. del pr.]*

**Qin Shi Huang (260 aC-210 aC): Rey del estado chino de Qin (247 aC-221 aC) y primer emperador de la China unificada (221 aC-210 aC). Habiendo unificado China, llevó a cabo hercúleos proyectos de construcción, la versión precursora de la actual Gran Muralla China. Es considerado como un fundador colosal de la unificación china, que ha durado más de dos milenios (con interrupciones). [n. del pr.]*

**Gran Muralla China: Antigua fortificación china construida y reconstruida entre el siglo V aC y el siglo XVI para proteger la frontera norte del Imperio chino de los ataques mongoles. Se calcula que tiene más de 7000 kilómetros de largo, desde la frontera con Corea, al borde del río Yalu, hasta el desierto de Gobi. Hoy se conserva un 30% de ella. Mide de 6 a 7 metros de alto y de 4 a 5 metros de ancho. [n. del pr.]*

En aquella época era una tierra vacía, la gente que hoy en día vive en Hungría vino mucho más tarde. Los hunos se establecieron en Hungría durante un tiempo. Estaban divididos en muchas tribus y cada tribu tenía su propio caudillo, pero uno de ellos acabó convirtiéndose en rey de todas las tribus.

Atila* (406-453), el gran rey de los hunos era un hombre feroz, tenía grandes planes, grandes ambiciones, y una voluntad de hierro.

Un día, un guerrero le trajo a Atila una espada que había encontrado bajo una piedra. Atila exclamó:

—“*¡Esta es la espada que me han enviado los dioses para que pueda conquistar el mundo!*”

Y bajo el liderazgo de Atila los hunos dejaron Hungría y barrieron Europa Occidental como una manga de langostas. Siempre les precedía el miedo y el terror.

Los primeros guerreros germánicos que se encontraron con ellos quedaron horrorizados al ver semejante horda. Parecían como demonios del infierno que habían sido desparramados por el mundo. Incluso los guerreros germánicos más valientes daban media vuelta y huían. Los pueblos y las ciudades sucumbían a las llamas, los campos quedaban devastados, la gente era masacrada y por toda Europa se extendió un clamor:

—“*Los hunos han sido enviados como castigo por nuestros pecados. Son el látigo con el que de Dios nos castiga. Atila es el azote de Dios*”. Se decía que “*por donde pasa Atila no crece nunca más el pasto*”.

De ese modo Atila y sus hunos llegaron a la Galia donde los romanos y las tribus germánicas habían estado siempre peleándose, pero ahora, ante ese terrible enemigo, tuvieron que unir fuerzas y vencieron a Atila en la gran **batalla de Chalons***, en el año 451.

Expulsado de la Galia, Atila todavía tenía un gran ejército que entonces se dirigió al sur y se abalanzó sobre Italia.

Los ejércitos romanos se dispersaron ante los hunos. El norte de Italia se convirtió en un paisaje en ruinas, y los hunos se dirigieron a Roma. Ya no había ningún ejército para defender la ciudad contra los salvajes invasores. Desesperada, la gente de Roma se dirigió a un hombre para que rogara a Atila que respetara la ciudad y a sus habitantes.

Los habitantes de la ciudad de Roma eran todos cristianos y el hombre hacia el que volvieron sus esperanzas era **León***, el obispo de Roma.

***Atila o el Azote de Dios** (ca. 395-453): Último y más poderoso caudillo de los hunos, tribu procedente de Asia. Gobernó el mayor imperio europeo de su tiempo, desde 434 hasta 453, se extendían desde la Europa Central hasta el mar Negro, y desde el río Danubio hasta el mar Báltico. Fue el más acérrimo enemigo del Imperio romano., Invadió dos veces los Balcanes, estuvo a punto de tomar Roma y llegó a sitiar Constantinopla. El imperio de los hunos se desmembró y se extinguió tras la muerte de Atila. [n. del pr.]

***La batalla de los Campos Cataláunicos o de Châlons** (451): enfrentó en una coalición romana encabezada por el general Flavio Aecio y el rey visigodo Teodorico I contra la alianza de los hunos comandada por su rey Atila. Esta batalla fue la última operación a gran escala en el Imperio romano de Occidente y la cumbre de la carrera de Aecio. [n. del pr.]

***León I el Magno o el Grande** (ca. 390-461): Papa número 45 de la Iglesia católica (440-461). Combatió exitosamente el maniqueísmo proclamando la divinidad y la humanidad de Cristo. El episodio más conocido fue su encuentro, en 452 en la ciudad de Mantua, con Atila, el rey de los hunos, quien había invadido el norte de Italia obligando al emperador Valentiniano III a abandonar la corte de Rávena y refugiarse en Roma. [n. del pr.]

Era un hombre muy anciano, pero se presentó solo ante Atila. El rey de los hunos miró desde su caballo al obispo León y sonrió forzosamente.

Nunca había perdonado una vida o una ciudad, ¿por qué habría de hacerlo ahora con Roma y perderse el lucrativo botín que él y sus soldados encontrarían en la ciudad?

Pero el anciano obispo le dijo:

—“He venido a advertirte, Atila. Los espíritus de san Pedro y san Pablo que murieron por Cristo en esta ciudad de Roma están ante Dios, y su maldición te perseguirá si destruyes Roma”.

Atila se quedó pensativo. Tal vez esos espíritus eran realmente poderosos, tal vez su maldición era algo que había que temer.

Y mientras pensaba en esto miró hacia el cielo y le dio la impresión de ver a dos ángeles con espadas resplandecientes que protegían Roma.

Era mejor no desafiar a esos seres.

—“Anciano, regresa a la ciudad, no voy a tocarla, ya tenemos suficientes tesoros”.

El obispo León regresó a la ciudad con la buena nueva. Esa misma noche, una enfermedad, una epidemia se desencadenó entre los hunos y cientos de ellos murieron, y Atila se apresuró a alejarse de allí con sus hombres. Era mejor salir de aquel lugar y no levantar la ira de esos extraños dioses o espíritus.

Volvieron a Hungría, cargados con los tesoros que habían robado en cientos de ciudades. Atila pensó que ya era hora de incrementar su poder casándose con **Ildico***, la hija de un gran rey germánico.

El padre no se atrevería a rechazar al poderoso rey de los hunos. La pobre Hildegunda casi se desmayó cuando fue llevada ante Atila y vio a su futuro esposo por primera vez. Pero se celebró una gran ceremonia nupcial en la que los hunos bebieron hasta caer al suelo sin sentido. Al final, se acabó la fiesta y Atila estaba solo con su esposa.

La tomó en sus brazos para besarla, pero Hildegunda sacó una daga que llevada oculta bajo sus vestiduras y se la clavó a Atila en el corazón. De ese modo murió Atila, el azote de Dios. En la oscuridad de la noche, Hildegunda huyó, y escapó de su padre.

Cuando los hunos encontraron el cadáver de Atila por la mañana, empezaron a gemir y gritar de dolor. Algunos esclavos lo enterraron con sus tesoros, luego fueron asesinados para que nadie supiera dónde estaba el tesoro. Y acto seguido los hunos se dispersaron.

Unos ofrecieron sus servicios como soldados de los romanos, otros se unieron a las tribus germánicas, otros regresaron a Asia. Así que los hunos desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido. Pero el temor que habían instilado duró generaciones y las tribus germánicas que habían huido empujadas por los hunos estaban ahora en movimiento: había empezado la gran migración de los pueblos.

***Ildico o Hildico** (finales siglo V): Princesa germana, última esposa del rey huno Atila. Su nombre sugiere una procedencia goda. [n. del pr.]

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano-ii/>

Aportación de Hermelinda Delgado